

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente**

Cine y Formación Docente 2006

Jueves 9 de noviembre de 2006 en la Ciudad de Neuquén.

Escuela, nuevas configuraciones familiares y cambio sociocultural

Por Laura Santillán

Introducción

Estación Central habla de relaciones sociales, de ruptura y fragilidad y también de la posibilidad de trazar vínculos en una sociedad hostil. El tema que nos convoca son las nuevas configuraciones familiares. Ó en tal caso los lazos sociales que comprende el “cuidado de la infancia”. En cada momento histórico la atención de la infancia ha implicado un conjunto actores y prácticas socialmente determinados. Lejos de su naturalidad las ideas acerca de un niño “bien cuidado” implican un campo social siempre disputado acerca de quiénes son reconocidos como pasibles de intervención y quiénes son responsables de las acciones específicas sobre la “crianza” y la “educación” de los niños.

Con la modernidad, las familias y los espacios de escolarización se presentan como las dos instituciones con mayor legitimidad para la socialización de los niños. Ahora ¿Cómo pensar a las familias y el cuidado de la Infancia hoy? Cómo reflexionar sobre esta relación cuando un sentimiento que se generaliza es la percepción de que las formas de “ser familia” han cambiado demasiado. O que para muchos no hay familias. Tampoco lazos sociales. Los cambios vertiginosos y decisivos en el escenario social parecen haber quebrado relaciones íntimas y de proximidad que se entienden como básicas en la sociedad.

La propuesta de esta charla es plantear algunos interrogantes claves para el reconocimiento de cómo se juegan hoy las relaciones entre el “mundo privado” y el “mundo público”, o entre el ámbito doméstico y el escolar, intentando trascender explicaciones que se reducen a lo “natural”.

Una primera cuestión es entender los cambios de la vida doméstica en relaciones sociales más amplias. ¿En qué escenario se producen las relaciones familiares y del parentesco? ¿Puede pensarse los cambios en las configuraciones familiares como hechos aislados? Insistiremos en primer lugar en el carácter contextualizado de los cambios que acontecen hoy en el ámbito de las relaciones próximas y afinidad.

Cambios en el escenario social y la vida doméstica

Hoy vivimos momentos de profundas transformaciones y rupturas. La Estación Central de Río de Janeiro que retrata Walter Salles da cuenta, en parte, de ello. En múltiples aspectos de la vida social el rumbo de las cosas y los acontecimientos se modifican en forma acelerada y continua e impactan fuertemente en nuestra experiencia. Un conjunto de procesos que tuvieron lugar en las últimas décadas marcan a nuestra contemporaneidad con rasgos muy distintivos a los que experimentaron las generaciones que nos anteceden. Hacia el fin del milenio se produce, como sabemos, una importante recomposición a nivel mundial, el proceso de globalización, que derivó en una inusitada expansión de la interdependencia política y económica, cambios en las pautas de consumo y los intercambios culturales.

Las economías regionales se han visto en la necesidad de emprender procesos de reestructuración productiva que puso fin al modelo de desarrollo centrado en el mercado interno. La desigual distribución de los beneficios de la globalización afianzó no solo la brecha entre países sino dentro de las sociedades. Se trata del incremento del trabajo a tiempo parcial, del subempleo y desempleo, pérdida de seguridad en el

trabajo, creciente polarización del mercado laboral, procesos de desregulación y diferenciación creciente de las calificaciones.

Otro rasgo característico de la dinámica económica de la globalización ha sido la intensificación de los movimientos migratorios internacionales de carácter laboral. Esto ha producido transformaciones en las formas de organización familiar y trastocamientos de referentes básicos de la vida social (Ariza y Oliveira, 2002) Previo a la globalización también se produjeron importantes cambios de orden cultural, que configuran nuevos referentes para las identidades sociales. En América Latina la creciente urbanización, la exposición de diversas culturas a partir de la intensificación de las comunicaciones, el papel de movimientos contestatarios como el feminista produjeron algunas transformaciones en la imagen de la mujer, el hombre y la familia.

Por ello decimos que junto con los cambios en el escenario también se han modificado los intercambios cotidianos y de la vida privada. Un dato que asume como revelador es la variabilidad que adquiere las formas de organización familiar y los cambios en las formas de sociabilidad. Nuestra experiencia cotidiana nos coloca frente a diversos arreglos familiares que no siempre se ajustan al modelo prototípico conformado por un matrimonio permanente, con su prole, viviendo bajo un mismo techo, y en donde los papeles sociales (del género y la generación) están bien definidos. Para decirlo más concretamente no se conciben con el modelo de familia "nuclear". Nos encontramos con familias *monoparentales* formadas a partir de la ausencia de algunos de los cónyuges, que en general tienen a la mujer como única jefa de hogar. También con aquellas que agregan al núcleo monoparental la figura de otro pariente. Se tornan más comunes los arreglos familiares que surgen de las nuevas nupcias de divorciados y viudos y que integran a los hijos biológicos de uno o ambos cónyuges y los hijos del nuevo lazo bajo un único sistema familiar, las llamadas familias *ensambladas*.

Además de la variabilidad en las formas de organización familiar nuestra experiencia nos coloca frente al reconocimiento de nuevos modos de vinculación familiar y entre generaciones. La figura parental parece ir

perdiendo autoridad y eficacia para la transmisión de determinadas normas y códigos sociales. En términos más concretos se trata de la impotencia que muchos adultos manifiestan sentir frente al manejo y control de las conductas infantiles y adolescentes.

Sin dudas la experiencia infantil también ha sufrido en las últimas décadas acelerados cambios y variaciones. Como lo expone la investigadora Sandra Carli, más que hablar de una infancia homogénea es necesario referirnos hoy a la existencia de múltiples infancias (Carli, 2002). Algunas fuertemente estimuladas a través del uso de nuevas tecnologías, la red virtual y la telefonía personal. Otras infancias se encuentran compelidas a intervenir en el mundo del trabajo desarrollando a diario diversas estrategias para contribuir con los procesos cotidianos de reproducción familiar. Los niños, todos, se muestran dispuestos a desafiar nuestras certezas y conocimientos. Algo que sobresale en esta época es la emergencia de múltiples conflictos ligados a las formas de comunicación y entendimiento entre individuos que otrora mantenían una suerte de código compartido

Las relaciones familiares parecen estar marcadas, como el resto de las relaciones sociales, por la fragilidad y transitoriedad. Siguiendo a Zygmunt Bauman "*A diferencia de las relaciones a la antigua (por no hablar de relaciones comprometidas) y menos aún de compromisos a largo plazo), las relaciones de hoy parecen estar a medida de la moderna vida líquida, en la que se supone y espera que las posibilidades románticas (y no solo las románticas) fluctúen cada vez con mayor velocidad entre multitudes que no decrecen. A diferencia de las "verdaderas relaciones" las "relaciones virtuales" parecen ser de fácil acceso y salida. Los compromisos a corto plazo reemplazan a los del tipo "hasta que la muerte nos separe". Los contratos hoy son temporarios y transitorios por definición*" (Bauman, 2003).

En la Estación Central de Río de Janeiro, una fracción de un Brasil cruzado por fuertes tensiones sociales, las personas transitan relaciones de afecto, más o menos profundas, cambiantes, construidas a la distancia y que también incluyen desencuentros. Las interacciones son acotadas

y asimétricas, al calor de una multitudinaria urbe que reúne a hombres y mujeres, bajo condiciones de vida desiguales, muchos de ellos analfabetos y llevando a cabo trabajos precarios.

Mientras que fragmentación e inconsistencia parecen ser las formas que adquieren las interacciones sociales hoy, la noción de *crisis* ocupa toda nuestra experiencia subjetiva. Y desde ahí se despliegan distintos enunciados, entre ellos “crisis de los valores” y “crisis en la familia”. Sin embargo para avanzar en el análisis de cómo comprender las relaciones y las formas de vida familiares hay que clarificar algunas cuestiones que en la trama actual, densa en complejidad, se entremezclan como idénticas cuando en realidad se trata de fenómenos de distinta naturaleza.

La precarización y la ruptura en las protecciones y los lazos sociales colectivos marcan sin dudas formas “críticas” de vivir la condición actual de sujeto. Y en ese sentido muchos reconocen (reconocemos) que las familias de los niños, nuestras familias están “*en crisis*”. Sin embargo algo muy distinto es aludir al “desmembramiento” o “crisis” de la familia cuando, más que señalar el deterioro en las condiciones sociales, lo que en realidad se están nombrando son modos de vida que se corren de un modelo que se supone como el único y el mejor, el modelo nuclear.

Entonces, frente al problema del cuidado de la infancia y las diversas formas de organización familiar un interrogante pendiente es ¿De qué se tratan los cambios en las familias hoy? ¿Qué nombramos cuando nombramos “familia”? Estas preguntas se tornan básicas para comprender desde qué supuestos y representaciones organizamos nuestras ideas sobre las familias y las responsabilidades del mundo doméstico.

Cambios y continuidades en las formas de organización familiar

Es un hecho admitido que las familias han variado. Pero ¿De qué se tratan estos cambios? O en tal caso ¿Se trata solo de cambios? En un estudio que sistematizan las sociólogas Ariza y Oliveira (2002) para la

realidad latinoamericana, además de cambios en las formas familiares obtenemos rasgos de estabilidad. En América Latina en su conjunto los hogares nucleares completos (una pareja con o sin hijos) siguen siendo predominantes, mientras que las familias extensas (padres e hijos y otros parientes) y las compuestas (que incluye la presencia de no parientes) mantienen su peso relativo (Ariza y Olivera, 2002).

En este contexto de estabilidad sí hay dos cambios a ser considerados en nuestra región. Por un lado se produjo un aumento considerable de los hogares unipersonales. Es notoria una expansión de hogares habitados por un solo adulto, sobre todo en zonas urbanas. Por otro se evidencia una expansión de los hogares monoparentales dirigidos por mujeres. El crecimiento de la jefatura femenina es un rasgo consistente a lo largo de toda la región. Se trata de un fenómeno que engloba distintas situaciones: madres solteras o separadas, mujeres viudas o jóvenes solteras con elevada escolaridad. Estos cambios son en parte los que permiten aludir a una *mayor* diversidad de arreglos familiares sobre todo en áreas urbanas de América Latina (Ariza y Oliveira, 2002).

Pero las familias no solo cambiaron en su estructura (qué miembros la componen) sino en sus formas de organización (como se distribuyen las tareas y las responsabilidades). Un conjunto de factores han producido el alejamiento en los hogares latinoamericanos del modelo tradicional centrado en el jefe –varón único proveedor cuyo salario es suficiente para solventar los gastos de reproducción cotidiana-- y la mujer –ama de casa recluida en el hogar. La progresiva incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo (que ha sido primero, producto de procesos más amplios de modernización social y ampliación de las oportunidades ocupacionales de las mujeres y luego, tuvo lugar por la desocupación en los jefes varones de hogar) promovió a la vez --y en algunos casos-- una reorganización en la distribución de tareas domésticas y extradomésticas, que no debe suponer una ruptura tajante de la forma tradicional en la cual recae sobre la mujer el peso de las tareas domésticas (Grassi, 1998)

En muchos hogares otro cambio importante en la organización familiar es la pérdida de la cohabitación. Los movimientos migratorios internacionales que produjo la economía global derivaron en una suerte de fragmentación de los espacios residenciales y la pérdida de relevancia de la co-residencia como criterio de pertenencia de la familia o unidad doméstica. Se trata de una modificación en la cohabitación que es necesario decir no implica necesariamente la ruptura de los lazos familiares.

Los cambios en el escenario social repercuten en la vida privada, pero nunca en términos unívocos. Más bien entendemos que los cambios en la composición y la dinámica familiar se expresan como *tendencias*, que son apropiadas diferencialmente por los sujetos. Muchísimos ejemplos permiten dar cuenta cómo un jefe de hogar mantiene muchas veces aún en la lejanía física su lugar activo en la organización de la vida doméstica y la crianza de los hijos. Y esta es una pregunta que se desprende de la película Estación Central ¿Qué condiciones debe darse para un buen cuidado de la infancia? Frente a las diversas formas de composición (en términos de cuántos y cuáles miembros integran la familia) ¿Existe un modelo de familia más natural que otros para la crianza? ¿Hay lazos de proximidad más genuinos? Basadas en el fenómeno de la sangre ¿es el parentesco natural? ¿Es la familia nuclear una institución natural? En el siguiente punto indagaremos en torno a la definición social del parentesco, la familia y los lazos de sangre.

El carácter no natural de los lazos de sangre

Aún frente a nuestra insistencia en denominar a la familia en singular, "Familia" es un término polisémico. El recorte (a qué miembros incluye) varía de país a país. Mientras que para muchos países la palabra *familia* o *family* puede designar a la "familia nuclear", para otros el vocablo incorpora a la parentela ampliada. Como nos lo recuerda la antropóloga Francoise Zonabend el sustantivo familia es de origen latino. Surge en Roma derivado de *famulus* (servidor) y familia se usó para referirse al conjunto de esclavos y servidores que vivían bajo un mismo techo. Luego vino a designar a la

comunidad del amo y del esclavo que compartían la misma morada y así por extensión vino a designar a los agnati (parientes paternos) y cognati (parientes maternos) es decir al conjunto de parientes de sangre (Zonabend, 1986).

Y esta cuestión de la sangre es un dato relevante a considerar porque la historia moderna de occidente (y por herencia de la colonización nuestra propia historia de la vida doméstica) gira en torno a esta idea de la familia nuclear como la normal, lo más cercana a la naturaleza. Veamos en profundidad algunos rasgos que hacen, a nivel de las representaciones, de la institución familia algo ligado a la naturaleza

En las sociedades occidentales la familia nuclear se constituye como la célula básica de parentesco, sobre todo a partir de la combinación de una serie de principios. Estos principios son la "filiación" (la relación entre padres e hijos), la "alianza" (las relaciones de matrimonio) y la "consanguineidad" (las relaciones entre hermanos y descendientes). La familia conyugal es unidad de reproducción, herencia y descendencia. Otro rasgo que la identifica es que es unidad de residencia común. Es decir que el matrimonio y la prole habitan en una misma casa (Durham, 1998). El parentesco es bilateral (es decir se define tanto por la línea de la madre como del padre) En ese sentido el dato de la "sangre" se entiende como fundamental para delimitar la extensión del "parentesco". Ahora ¿qué alcance de universalidad tiene esta combinación entre los principios de parentesco, reproducción y residencia común? ¿Qué alcance de universalidad tiene esta relación entre parentesco y sangre? Pregunta fundamental porque de ser la familia nuclear algo natural debería aparecer en todas partes. Sus principios fundamentales también: su base en un matrimonio monógamo, con una prole unida por los lazos de sangre, todos viviendo en una misma residencia.

La antropología desde sus orígenes, a fines del siglo XIX, se ha dedicado profusamente a indagar los rasgos que asumen las relaciones de parentesco y afinidad de las sociedades humanas. En sus estudios sobre las "sociedades primitivas" (las colonias en

África, Oceanía, y Asia que surgen de la expansión de Gran Bretaña, Francia y Alemania, luego Bélgica y EEUU) los antropólogos clásicos se encontraron con otras formas de organización política, económica y también del parentesco. Si bien ya el mundo había sido reconocido por viajeros y cronistas, esta disciplina moderna venía a confirmarle a occidente que sus formas de organización social no eran universales. Así tampoco la forma de organizar el parentesco en base a la familia nuclear. Los registros etnográficos (las descripciones antropológicas) de distintos pueblos permiten decir en primer lugar como esta asociación fundamental entre parentesco y sangre tan evidente para nosotros no lo es para todas las sociedades.

Un ejemplo claro lo constituye la forma de organización familiar de la sociedad Trobriandesa ubicada en Melanesia y visitada por el famoso antropólogo Bronislaw Malinowski (1986 [1922]). Esta es una sociedad matrilineal y en ese sentido el universo de los parientes se restringe solo a aquellos que derivan de la línea de la madre. En estas sociedades el padre no tiene autoridad sobre los hijos, ni se fija a través de él la descendencia ni la herencia. Su lugar se ajusta a ser el esposo de la madre, negándosele totalmente el papel de reproductor. En términos concretos el padre es un afín y no un pariente. Mientras que es del tío materno de quien se recibe la herencia y la filiación. A la vez debemos decir que esta sociedad es virilocal, es decir que las mujeres al casarse se trasladan a la aldea del marido. Y como la propiedad de la tierra es transmitida por línea materna, en realidad tanto la mujer como sus hijos son extranjeros en su tierra. Su tierra está en la aldea del tío a la que se trasladan cuando crecen (Durham, 1998)

La existencia de sociedades matrilineales y patrilineales pone en cuestionamiento la relación inmanente entre parentesco y sangre. Al menos la sangre sola no puede explicar el parentesco. El parentesco es un hecho social que en tal caso en nuestra sociedad se legitima (y solo así se puede decir que “funda”) en el parentesco bilateral.

En referencia a la residencia debemos decir que en nuestra sociedad, “*familia*” coincide

con “*grupo doméstico*”, esto es con compartir un techo común, sentarse en torno al *mismo* fuego y la *misma* mesa. Muy fuertemente arraigada en nuestro sentido común, la cohabitación es descartada en muchas sociedades en las cuales ha pervivido la costumbre de la “casa de los hombres” y la “casa de las mujeres” como sucede entre los Munducuru de Brasil. Esta sociedad es patrilineal por lo tanto las mujeres que viven juntas, comen y duermen en realidad no son parientes (Durham, 1998)

Por el tema que nos convoca podemos avanzar aún más y analizar que alcance de universalidad tiene la relación que nosotros establecemos entre paternidad/maternidad y reproducción. Como lo señala la antropóloga Francoise Zonabend, si bien todas las sociedades tienen en cuenta los condicionamientos biológicos de la reproducción, muchas veces el “*genitor*” no es el “*padre social*”, ni la “*genitrix*” es forzosamente la “*madre social*”. Así se observa entre los Mossi quienes distinguen entre la madre que amamanta (denominada *ya*), y la persona en cuya vivienda se aloja una vez destetados (*la madre de choza*). En simultáneo diferencian entre numerosas mujeres que tienen derecho al título de madre, “*la madre que dio luz*”, “*la madre que me hizo engordar*”, “*la madre que me educó*” Como vemos, tanto “la maternidad” como “la paternidad” se basan no tanto en la función genitora como en el papel social que se le atribuye a la madre/padre.

Esta diversidad en torno a cómo se combina los principios de descendencia, reproducción y residencia pone en tensión nuestras certezas sobre el carácter universal y natural del modelo occidental de familia. El modelo nuclear de familia no es único. Tampoco existió siempre tal como lo conocemos hoy. Lejos de su naturalidad, el modelo de “familia” basada en el matrimonio monógamo, heterosexual, con una prole pequeña y que coreside tiene una historia reciente y es el producto de un conjunto de intervenciones y prácticas sociales.

Como otros autores lo desarrollaron, la familia nuclear occidental es solo un momento de un largo desarrollo histórico (Neufeld, 2002). Ligada a la modernidad, la forma que reconocemos hoy de familia es el

producto de procesos vinculados con la industrialización y el capitalismo. A la vez otros estudios (Segalen, 1996) señalan que la Iglesia ya desde el siglo IV había orientado las formas adecuadas de organización de la familia, prohibiendo en la cuenca del Mediterráneo la poligamia, la adopción, el divorcio, el concubinato, las segundas nupcias en la ciudad (Segalen, 1992). Como lo expone la investigadora Martine Segalen, la explicación de por qué encontramos al modelo de familia en forma tan extendida, en contextos cercanos y lejanos, tiene como respuesta el curso de la historia. Al respecto la expansión colonial europea ha derivado, si no necesariamente en la occidentalización del modelo de familia en las sociedades colonizadas (dada las apropiaciones, resistencias, redefiniciones locales) sí en una tendencia a su nuclearización (Segalen, 1992).

El registro de la historia y la comparación permiten desnaturalizar el modelo de familia que conocemos. Desnaturalizar implica quitar el atributo de “natural” a aquello que en realidad son propiedades sociales. En temas del parentesco es colocar a la institución familia como hecho social, devolviéndole su carácter histórico. Es advertir, entonces, que sus formas —tal cual hoy las conocemos— son el producto de determinadas agencias y procesos sociales y por lo tanto son continuamente cambiantes.

En este punto me parece importante volver, entonces, sobre una cuestión que les sucedió a los antropólogos clásicos. Porque si bien ellos avanzaron en este ejercicio de relativización de las formas occidentales del parentesco, una vez que reconocieron la diversidad entre los tipos de familia, en simultáneo las catalogaron, clasificaron y jerarquizaron. La antropología evolucionista elaboró sofisticados sistemas de clasificación que ordenaron a las formas de organización familiar en una escala de menor a mayor civilización en la cual la familia nuclear occidental era la cúspide. Debajo de ella quedaban todas las formas familiares cuyo rasgo de distinción era apartarse del modelo.

Pasaron muchas décadas para que los estudios sociológicos contribuyeran a construir otra mirada sobre la diversidad, una mirada que sea más inclusiva. Esto no quita

que en el imaginario común sigan funcionando mecanismos clasificatorios de los modos de vida familiar, atendiendo para estas clasificaciones al acercamiento o alejamiento del modelo de familia conyugal. Entonces el siguiente interrogante relevante para incorporar es ¿Desde qué perspectiva miramos a las familias?

Familias, diversidad y desigualdad

En Estación Central, muchas de las cartas que los transeúntes mandan a sus seres queridos son depositadas en el “Purgatorio” (el cajón de la cómoda de Dora) Esas son las cartas sobre las cuales no hay “veredicto”. Otras directamente son desechadas y solo algunas pocas parecen llegar a destino ¿Cuáles llegan a destino? ¿Cuáles no? ¿Cuáles deben esperar una nueva sentencia? Dora y su vecina Irene establecen decisiones sobre el destino de las cartas. Ellas ponen en juego criterios sobre cuales cartas son adecuadas para que sigan su rumbo y cuales no. Dora e Irene establecen criterios sobre la “buena crianza” y la buena forma de vida familiar. En Dora algunos ítems vividos en la infancia son suficientes para abrir juicios generalizadores sobre algunas familias, sobre todo de los sectores populares, atravesadas por el alcohol, la violencia y el abandono. Históricamente un conjunto de agencias e instituciones también establecieron criterios en torno a los modos de vida íntima y de la familia. En la modernidad, al lugar que venía llevando adelante la iglesia, se suma el papel del Estado y sus instituciones. Desde finales del siglo XIX la política del Estado tiene a la familia como objeto de programas y planes. En el marco de los procesos de organización nacional las instituciones del Estado han llevado a cabo una importante campaña de moralización y normalización de la familia (Donzelot, 1990). Debemos recordar, como lo señala la antropóloga Estela Grassi (1998) que las campañas de salud fueron un vector importante en esta campaña moralizadora ya que junto con los hábitos de higiene, se enseñaron a las mujeres formas específicas de economía y orden en el hogar, en general ligados con los valores de la clase burguesa. Este es un período donde se construye un eje muy fuerte, de unidad esencial —y no social— entre la madre y el hijo. La promoción de la lactancia materna, la

consagración de las madres al cuidado de los niños eran ejes centrales de las políticas públicas (Grassi, 1998). Y si bien hubo adelantos acerca de la prevención de enfermedades, esta campaña moral influyó para la sacralización de las mujeres que debían llevar su labor con abnegación y sacrificio.

Las disciplinas modernas (pediatría, psicología y pedagogía) influenciaron en la regulación de los modos de vida domésticos. También instituciones estatales como la escuela. La escolarización moderna intervino no solo como factor de homogenización de las infancias y juventudes, sino como agente de socialización y moralización de las generaciones adultas. Como lo señalan otros estudios, la organización del sistema de enseñanza a fines del siglo XIX implicó, en el marco de la construcción de una identidad nacional para la “civilización” y el “progreso”, la interpelación de un tipo de infancia y también de un tipo de familia (Carli, 2002). En el momento de constitución del sistema centralizado de educación la sobreimpresión de la autoridad del maestro sobre la autoridad familiar va a jugar un papel central en esta tarea de modelación de las costumbres adultas, empresa fundamental para la reorientación de los modos de vida heterogéneos que componían una nación forjada en el marco de la migración y el mestizaje.

El control sobre el uso de la lengua en los migrantes, la entrada del modelo médico en el discurso escolar, la difusión de un modelo ideal de familia en los libros de texto son solo algunos ejemplos de la regulación que implicó la escolaridad en la vida doméstica. Progresivamente se fue imponiendo un modelo de familia que representaba a las familias de las clases medias urbanas, más bien pertenecientes a las primeras generaciones de argentinos, hijos de inmigrantes que se enorgullecían de formar el conjunto social que logró cierto ascenso social (Moreno, 2004)

En simultáneo hay que advertir que las familias, aún en los grupos populares, no han quedado –ni quedan– inactivas frente a la influencias de otras prácticas y costumbres. Como lo demuestra también la película Estación Central sobre la crianza de los

niños, inciden las instituciones, los representantes de las agencias estatales, aunque también los hombres y mujeres anónimos que pueblan los asentamientos, villas y parajes rurales. Las ideas y conocimientos sobre el cuidado de la infancia no es espacio solo de los especialistas. En los barrios y parajes las mujeres y los hombres dan sus pareceres. La *crianza* y el *buen cuidado* están atravesados por factores culturales y saberes socialmente situados. Un punto importante es advertir en tal caso cómo no todos los saberes cobran el mismo grado de legitimación social. Y en ese sentido nos preguntamos ¿Cómo nos paramos frente a la diversidad?

Hay un trabajo muy revelador que realizó una antropóloga brasilera, Claudia Fonseca, y que dejó asentado en el libro “Camino de adopción” (Fonseca, 1998). Si bien el caso alude al contexto brasilero, hecha luz sobre cómo en una misma sociedad convergen distintas ideas en torno a la crianza y los valores sobre lo que se define una familia bien constituida. Ella comienza a investigar el sistema de adopción en la sociedad brasilera y progresivamente va interiorizándose en la vida de los niños y adolescentes marcados por sus condiciones de pobreza. Así llega al conocimiento de una institución intermedia a la adopción, de internación de niños y jóvenes “en riesgo”, el FEBEM. A esta institución llegan niños por derivación o porque los traen las propias madres, muchas veces las mujeres retiran sin mucha explicación a sus hijos de ahí para volverlos a colocar más adelante. Esta investigadora va relevando las voces y perspectivas de todos los actores que giran en torno a esta infancia y adolescencia pobre. Entre los administradores del sistema de internación y los asesores es unánime la queja sobre los “usos” y “abusos” que sobre todo las madres hacen del FEBEM, esta institución estatal, como un internado particular donde pueden dejar y recuperar sus hijos cuando quieren. Por contrapartida, los técnicos y profesionales (asistentes sociales y psicólogos) más que indignación demuestran una gran preocupación por el bienestar de los niños. Según lo ha registrado esta antropóloga, mientras está la candidatura del niño estos trabajadores sociales hacen denodados esfuerzos para evitar la internación. Sin embargo, una vez que el

niño entra en la institución, sus familias son objeto de múltiples entrevistas, evaluaciones psicológicas y controles de la vida doméstica. Algo muy frecuente es que las familias falten a estas citaciones y que no cumplan con otros requisitos estipulados por la institución. Estas ausencias son en general entendidas por los trabajadores sociales como una verdadera pauta de desinterés. Así como las internaciones y retiros esporádicos que los padres hacen son entendidos unánimemente como prueba de “irresponsabilidad”. Movilizada por la temática, ahora no solo de la adopción, sino de los modos de vida de estas familias pertenecientes a sectores populares connotadas frecuentemente como “desorganizadas”, esta antropóloga se traslada hacia las favelas de Porto Alegre para hacer su trabajo de campo.

En el terreno esta investigadora da cuenta de un conjunto de prácticas locales, entre ellas una práctica muy frecuente en las favelas. Se trata de la “*circulación de niños*”, una práctica que viene llevándose a cabo desde varias generaciones atrás en la cual los niños transitan entre las casas de los abuelos, madrinas y vecinas y “los padres verdaderos” sin pasar nunca por un tribunal. Por supuesto, como lo expone la autora, se trata de una práctica sobre la cual la ideología dominante de la sociedad brasileña batalla (Fonseca, 1998). Pero que a pesar de ello, los adultos entrevistados por esta antropóloga, que circularon siendo niños hablan del tema con tranquilidad, aparentemente sin complejos y habiendo desenvuelto sus vidas, con los avatares de cualquier humano, pero sin la marca determinante de esta experiencia de la infancia. ¿Sobre qué reflexiones nos permite avanzar el trabajo de esta antropóloga? El trabajo pone sobre el tapete el problema de como nos paramos ante la diversidad, sobre todo cuando estamos frente a formas de organización familiar (como este caso en los sectores populares) que se alejan de la organización vista como normal (que se condice con las prácticas de las clases medias). Sin pretender una mirada que caiga en el esencialismo o mirada romántica sobre la pobreza esta autora propone revisar el significado que asume la infancia entre estas familias de clase trabajadora, así como la crianza y las relaciones de parentesco. En tal caso en las familias de Porto Alegre la

crianza no está ajustada al matrimonio, sino que se colectiviza.

En los barrios populares de Porto Alegre, como lo expone la autora, no es realista tratar a la familia nuclear como un objeto aislado, sino que la unidad conyugal demostró muchas veces su naturaleza abierta. A pesar de que a los matrimonios les agrada tener su independencia, los niños se infiltran por las fronteras pasando de casa en casa, rompiendo barreras de lo que nosotros establecemos entre lo público y lo privado, el hogar, la escuela y la calle. Lejos del sentimiento de “abandono”, que es la forma en la cual es definida la entrega de los niños, algunas mujeres pueden estimar que su hijo será mejor criado por otra. Nunca por ello perderá su estatus de madre y de hecho cuando crezca reclamará por él. Este tipo de crianza colectiva no tiene en cuenta la necesidad del lazo conyugal y el hecho de compartir la misma residencia. Antes, además, era practicada por otros sectores sociales. Frente a la pregunta de por qué los niños de sectores populares comenzaron a circular (situando el problema en un registro histórico y no culturalista) surge el interrogante de por qué los niños de clases medias dejaron en algún momento de hacerlo. La autora no duda en referirse a la posibilidad de que sus madres aprendieron a angustiarse conforme a los valores de las clases medias en las cuales las personas “trabajan” su relación conyugal e “invierten” en los hijos para construir una familia. (Fonseca, 1998)

Como lo deja entrever la película Estación Central las acciones en torno al cuidado del niño incluye múltiples intervenciones, los vínculos no están dados de antemano, se construyen en continuo y afectan tanto a la subjetividad del niño como del adulto a cargo. Josué sufrió la pérdida de su madre. Con ella se había establecido un lazo social y afecto. El vínculo con Dora está plagado de contradicciones y sentimientos que van construyéndose en el tiempo. Implica experiencias previas y nuevos aprendizajes. Al final del recorrido hay una historia en la cual algunos hechos son coincidentes con los supuestos de Dora, pero también hay fisuras. Sobre el niño, finalmente, ninguno de los vínculos es natural ni está prefijado de antemano. Las relaciones se van tejiendo en

una trama, por demás compleja, pero sustancialmente social

Recapitulando

El análisis sobre “la familia”, como vimos, pone en tensión nuestros supuestos más naturalizados. De algún modo una de las dificultades de revisar la cuestión “familia” es que hemos sido nosotros mismos socializados dentro de aquello que queremos reflexionar. Siguiendo a Pierre Bourdieu, los cambios en las configuraciones familiares, las relaciones intergeneracionales y la crianza trastocan fuertemente aquello que el autor definió como “espíritu de familia”. Es decir lo que “la familia dice de la familia” (Bourdieu, 1998).

Siguiendo a este autor francés, es necesario dejar de pensar a la familia como un “dato inmediato de la realidad”, así como una entidad abstracta que sobrevuela sobre los individuos o que antecede a nuestra condición humana. La familia es producto de orientaciones construidas culturalmente, de políticas de Estado y de prácticas sociales que en definitiva son siempre disputadas. Lo mismo podríamos decir sobre la categoría de Infancia y la cotidianeidad escolar

Como lo expusimos aquí, ningún sistema de parentesco es el resultado puro y exclusivo de la reproducción biológica. Y Las razones biológicas no pueden por sí solas explicar la existencia de esta institución, ni la maternidad y la paternidad se reduce a papeles biológicos; se encuentran socialmente determinados, lo mismo que el amor paterno o materno. Y esta diferenciación entre lo natural y lo social es fundamental. Porque mientras que lo ajustado a la esfera de la naturaleza emerge como lo inmodificable, lo establecido y determinante, aquello que se inscribe en la esfera de la cultura y lo social incluye su continua modificación, innovación y resignificación.

Es innegable que hoy la paternidad, la maternidad, la experiencia de ser niño y docente está atravesada por modificaciones sustanciales, de quiebre y fragmentación. Los cambios en las configuraciones familiares no son externos a nosotros mismos, ni tampoco el deterioro de las

condiciones de vida general. Así la revisión de la cuestión familia implica correrlo del registro de lo dado. Pero a mi entender también es necesario decir que estas definiciones de los lazos sociales como transitorios, provisorios y frágiles no son concluyentes ni totalizadoras, que tienen aspectos ambiguos y son continuamente desafiadas. De hecho las iniciativas que surgen cotidianamente en diversos escenarios de actuación (escolar/familiar/barrial) impugnan en muchos sentidos esta condición de clausura y disolución que ha emergido de los procesos de exclusión de los últimos años.

Bibliografía

Ariza Marina y Oliveira Orlandina (2002): *Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica*. En: Wainerman, C (comp) *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica

Bauman Zygmunt (2003): *“Amor líquido”* Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Bourdieu, Pierre (1999): *Espíritu de familia*. En: VVAA, *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. EUDEBA, Buenos Aires.

Carli, Sandra (2002): *“Niñez, pedagogía y política”*. Miño y Dávila, Buenos Aires.

Fonseca, Claudia (1998): *Caminos de adopción*. EUDEBA, Buenos Aires.

Donzelot, J (1990): *La policía de las familias*. Valencia, Pre textos.

Grassi, Estela (1998): “La familia, un objeto polémico. Cambios en la dinámica familiar y cambios de orden social”. En: VVAA, *Antropología Social y Política. Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. EUDEBA, Buenos Aires.

Malinowski, Bronislaw (1986) [1922]: *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Planeta Agostini

Moreno, José Luis (2004): *Historia de la familia en el Río de La Plata*, Editorial Sudamericana

Neufeld, María Rosa (2000) "Familias y escuelas: la perspectiva de la antropología social". En *Ensayos y experiencias. Año 7 N° 36*, Buenos Aires, Ediciones Novedades Educativas.

Segalen, Martine (1992): *Antropología histórica de la familia*. Madrid, Taurus

Zonabend, Françoise (1986) : « De la familia. Una visión etnológica del parentesco y la familia". En: *Historia de la familia*, bajo la dirección de André Burguière, Christiane Klapisch-Zuber, Martine Segalen, Françoise Zonabend, Tomo I, Madrid, Alianza Editorial